

LA PRIMERA EDAD.

SUMARIO.

Los perros célebres.—La piel de los animales.—La correccion paterna.—La salud y las riquezas.—Grisel Cochrane.—Los frutos de la pereza.—El niño á su maestro.—El huérfano.—Pensamientos.—Índice.

LOS PERROS CÉLEBRES.

(Conclusion.)

Los perros de Terranova constituyen una raza de las más interesantes por las bellas cualidades que la caracterizan, de tal modo, que apenas hay individuo que no las manifieste de un modo notable. Tal vez existen al Norte del antiguo continente perros de mayor talla; tambien se podia tratar de regenerar la raza gigantesca de los perros de Epiro, de los que Plinio hace una descripcion tan poética; pero lo que es verdaderamente precioso para el hombre es hallar un compañero que se sacrifique por él, que le defienda de los ladrones, que le saque del fondo del agua, que participe de sus fatigas y sus peligros y consiga salvarle la vida.

El *Durkan*, paquebot de Surder-

land, habia naufragado en las costas de las provincias de Norfolk, cerca de Clay.

La tripulacion y los pasajeros no podian salvarse sino estableciendo una amarra entre la embarcacion y la costa; pero estaba muy léjos para poder arrojar una cuerda, y la tempestad era demasiado furiosa para que ninguno de los marineros se atreviese á prestar á sus compañeros de infortunio tan arriesgado servicio.

Por una casualidad habia á bordo un perro de Terranova, y á este animal fué al que le confiaron la arriesgada expedicion.

Le pusieron en la boca la extremidad de la cuerda de salvacion, y se arrojó en medio de las olas agitadas. Ya habia hecho gran parte de la travesia, cuando empezaron á faltarle las fuerzas, sin que por eso abandonase el cabo de la cuerda.

Dos intrépidos marinos que ha-

bia en la costa, admirando los perseverantes esfuerzos del perro y al ver su destreza, no titubearon en exponerse ellos mismos por salvarle. Llegaron á él, en efecto, en el momento en que iba á sucumbir, y cogieron la cuerda que tenía entre los dientes, ayudándole á salir á tierra.

Así se pudieron salvar nueve personas, que durante toda esta maniobra habian desesperado de su vida.

Si el perro no hubiera ahorrado á los dos marinos gran parte del camino, les hubiera sido imposible hacerlo dos veces, á la ida y á la vuelta, y la tripulacion hubiera perecido.

No parecerá inoportuno que aprovechemos esta ocasion de citar aquí algunos ejemplos de fidelidad dados por los perros en los calamitosos dias de la revolucion francesa. En un libro publicado en 1796 se dice lo siguiente acerca de uno de estos animalitos, que habia pertenecido á la Reina:

«La desventurada María Antonieta conservaba en su prision del *Temple* un perrillo que habia criado desde chiquito, el cual la siguió cuando la trasladaron á la *Conserjería*; pero los carceleros no le dejaron pasar de la puerta del cala-

bozo. Allí esperó en vano, gimió, rogó, si así puede decirse, á todo el que abria la puerta, y al fin estableció allí para siempre su residencia, á pesar de la persecucion, amenazas y aún golpes de los gendarmes; permaneciendo así fiel y á la mayor inmediacion posible de su señora, superior á los influjos del miedo y aún del castigo. A las horas en que el hambre ó la sed le apremiaban, se dirigia á las casas más inmediatas, en las cuales hallaba siempre remedio á su necesidad; y en seguida se volvía á la puerta de la prision, de donde no faltó jamas dia ni noche. Muerta despues en un cadalso la ilustre María Antonieta, su pobre perrillo (que vivió hasta 1795), conservó inalterable su costumbre, sin haber querido nunca unirse á otro amo, como lo testificaron los vecinos inmediatos de la *Conserjería* que le socorrian, y no le daban otro nombre que el del *Perro de la Reina.*»

A un carnicero condenado á muerte le siguió su perro hasta la plaza de las ejecuciones (llamada entónces de la *Concordia*), donde permaneció al pié de la guillotina mirándole de hito en hito hasta que vió caer la cabeza. Buscándole entónces desatinado y no pudien-

do hallarle, viendo que se retiraba el carro que le habia conducido, le siguió hasta la puerta de la *Consergeria*; y desde entónces, durante mucho tiempo, no dejó un solo dia de acudir al mismo sitio y á la misma hora para acompañar de ida y vuelta á la plaza el carro de las víctimas.

Dos niños, hijos de M. D..., iban diariamente á verle á la puerta de la misma prision, no llevando otro guía que el perro de su casa, que les servia de Mentor. Este cuidaba de su seguridad, alejaba á todos los animales que pudieran amedrentarles, les conservaba reunidos, les empujaba para apartarles de los carruajes, se adelantaba y les abria paso, y, finalmente, les volvía á su casa del mismo modo, sin que en tantas repeticiones de peligros y dificultades les sucediera nunca el más leve contratiempo.

Pudiéramos citar otros muchos rasgos de fidelidad é inteligencia de los perros. Ya se ha pensado en componer una historia moral de los animales durante la revolucion francesa; pero quizá hubiera sido demasiado injuriosa para el género humano. Por lo que hace á la historia particular del perro, ya se ha mezclado muchas veces con la de los hombres. El mismo Home-

ro, que cantó á los dioses y celebró las proezas de Aquiles, no se desdeñó citar en la *Odisea* al perro de Ulises, que fué el primer viviente que reconoció á su amo.

La Sagrada Escritura hace tambien mencion del perro de Tobías.

Antiguamente, y en otros países, se descubria con la ayuda de los perros á los culpables de algun crimen; esta costumbre se ha visto renovada últimamente en el condado de Oxford.

Habiéndose incendiado la quinta del Duque de Malborough, el mayordomo fué uno de los primeros que acudieron, seguido de un arrogante perro.

Allí vió las huellas recientes que habia dejado un hombre al retirarse, y al instante excitó al animal á que siguiese las huellas; recorrió con la mayor exactitud los numerosos zigs-zags que habia descrito el fugitivo á fin de evitar sospechas. Llegaron á una casilla cuya puerta estaba abierta, pero no habia nadie en lo interior. Entónces el infatigable perro se volvió corriendo al lugar del incendio, cada vez más inquieto, y se precipitó sobre un individuo que parecia de los más solícitos en apagarle. El mayordomo pidió que le prendieran, y la declaracion del culpable

no tardó en justificar las sospechas fundadas en la sagacidad del perro revelador.

Al principio de la ántes citada revolucion francesa, un perrito asistia todos los dias á la parada enfrente del palacio de las Tullerías; se colocaba entre la banda de música de la guardia nacional, y seguia todos sus movimientos: concluida la parada, desaparecia hasta el dia siguiente, en que volvia á su sitio acostumbrado. La aparicion constante de aquel perro y el gusto que tenía en oír la música, hicieron que los músicos le cobrasen aficion, y no sabiendo su nombre le llamaron *Parada*. Todos le acariciaban, y por turno le llevaban á comer á su casa. Bastaba pasarle la mano por el lomo y decirle: «*Parada*, hoy vendrás á comer conmigo», para que el perro siguiese al que le convidaba. Comia alegremente y con apetito; pero despues de comer, tan constante en sus gustos como en su independencia, el amigo *Parada* se despedia sin que nadie pudiese contenerle, y dirigiéndose á la ópera, á la comedia italiana ó al teatro Feideau, se situaba sin cumplimientos junto á la orquesta, y no se movia hasta que terminaba la funcion. La marcada aficion de es-

te perro á la música militar le hizo seguir á los músicos de un regimiento del ejército de Italia, cobrando tanto cariño al ilustre Desaix, que pereció como él en la batalla de Marengo herido por el disparo de un obús, al mismo tiempo que se precipitaba sobre el cuerpo de aquel valiente general, que habia caído á tierra con una herida mortal.

Ladi Marc-Ortehy, viuda de un señor escoces, habiendo llegado á Lóndres, perdió el mismo dia de su llegada una niña de cuatro años, y despues de haberla buscado inútilmente, no pudiendo soportar aquella terrible desgracia, se precipitó en el Támesis. Ántes de realizar su funesto designio hizo varias disposiciones, dejando la cuarta parte de su caudal al que encontrase á su hija, una suma considerable para practicar nuevas diligencias, una pension alimenticia al aya que habia educado á su hija, y ademas varios muebles y objetos que la habian pertenecido, entre ellos un perrito de casta inglesa. El aya en cuestion, despues de haber practicado muchas diligencias infructuosas, se volvió á su país, y últimamente asuntos de familia la hicieron volver á Lóndres. Un dia en que estaba parada

delante de una tienda de Oxford Street acompañada de su perrito, éste fué siguiendo á un individuo que pasaba llevando de la mano á una niña de nueve á diez años. El perrito, saltando alrededor de aquella niña, manifestaba la más viva alegría, y despues de acariciarla se dirigia á su dueña, la cual, acordándose al momento de la niña, y examinando la que llevaba aquel hombre, creyó reconocer las facciones de su jóven ladi. Con la mayor resolucion empezó á apostrofar á aquel hombre, quien, atacado así de improviso, balbuciente y atolondrado, abandonó la niña y huyó viendo que se reunia gente.

Algunos testigos de esta escena acompañaron al aya, pudiéndose más tarde comprobar la identidad de la niña, heredera de más de sesenta mil libras esterlinas.

Cuando leais en la historia de Francia el reinado de Enrique III, observaréis que fué un príncipe sin energía, sin valor y sin voluntad, y que sólo inspira algun interes por el asesinato que terminó sus dias. Entre los personajes célebres del tiempo de Enrique III, la historia no hace mencion de *Liline*, ni de *Titi*, ni de *Mimi*, porque es demasiado grave para eso;

pero yo voy á suplir su silencio diciéndoos quiénes eran estos tres personajes. Pues bien: *Liline*, *Titi* y *Mimi* eran tres lindos perritos que el Rey habia hecho traer á mucha costa de Smirna, porque era muy aficionado á perros y caballos. Un cronista de aquel tiempo escribe que sólo en esto gastaba 100.000 escudos por año.

Enrique III estaba loco con sus perritos, y los llevaba por todas las salas del palacio en una cestita colgada del cuello, entretenimiento bastante impropio por cierto de un monarca. *Liline*, *Titi* y *Mimi* estaban enseñados á hacer la guardia de noche junto al Rey, y desempeñaban perfectamente este encargo. Hacian alternativamente la centinela á la cabecera de la cama, metidos en una cesta. El que le tocaba de guardia ponía las patitas delanteras en el borde de la cesta, sacaba la cabeza fuera, y así permanecía con los ojos listos hasta que oía el relleno de un reloj de arena inmediato, cuyo sonido entendia perfectamente.

Entónces le tiraba de la oreja al camarada á quien tocaba la guardia, y éste, levantándose, tomaba al instante posesion de su puesto. Así continuaban hasta la mañana sin interrupcion, y nunca tu-

vo el Rey guardias más atentos.

Cuando Jacobo Clemente llegó á Saint-Cloud para asesinar al Rey, *Liline* estaba dentro del cuarto. Así que el asesino entró se puso á ladrar fuertemente, y hasta quería morder, aunque era muy mansito. El Rey le arrojó incomodado fuera del cuarto, y á pocos instantes recibió dos puñaladas, de las que murió.

Sin duda la conducta de *Liline* era un presentimiento, y si el Rey hubiera prestado un poco de atención no hubiera muerto asesinado.

Un guardia del castillo de Hols-tein, volviendo un día de caza, encerró el producto de ella en una sala baja y salió á desempeñar una comision, en la que tardó dos días enteros. Cuando volvió, el cocinero le preguntó si habia algo de caza para la comida, y dirigiéndose á la sala, lo primero que vió fué al perro tendido y privado de vida. El pobre animal todavía estaba caliente, señal de que hacía poco que habia muerto.

Al ver la caza intacta conforme la habia dejado, no dudó que el pobre perro habia muerto de inanicion, y ántes que tocar á la caza, que estaba acostumbrado á respetar, se dejó morir de ham-

bre. Esto prueba que cuando se han recibido buenos principios no se olvidan jamas, aunque sea á costa de la vida.

J. M. BALLESTEROS.

LA PIEL DE LOS ANIMALES.

Una de las más útiles sustancias, la que más se presta á todos los caprichos de la industria y toma con facilidad todas las formas, es la piel de los animales. Las transformaciones que sufre por la mano del hombre, la hacen útil para diferentes usos.

Por medio de diversas preparaciones se hace con un mismo material cuero para nuestro calzado, y una piel flexible y suave para los guantes; los libros de nuestras bibliotecas tienen una cubierta sólida y elegante; los instrumentos de música, gracias á ciertas pieles elásticas, tienen el sonido más dulce del que producirían las cuerdas de metal; el serpentón de nuestras parroquias tiene pequeñas básculas, llamadas llaves, que están guarnecidas de una piel flexible que cierra herméticamente la abertura. En los tambores, la piel es la que suena y la que conduce á los valientes á la victoria.

Si se hace hervir al cuero, se le da una flexibilidad particular que permite moldearle. Y se hacen con él tabaqueras, vasos para los viajeros, etc. Para que la piel sirva en estos casos, se quitan los pelos; pero se dejan y conservan cuidadosamente cuando se quiere convertir los despojos de los animales del Norte en ricos abrigos que nos preservan del frío. La marta, la ardilla, el zorro azul, la cebellina y otros muchos, sirven de adorno á las señoras; el armiño marca la alta dignidad de los magistrados, y con la piel de los osos se hacen los gorros de los granaderos. Por último, las recortaduras de las pieles también se utilizan para gelatina, que sirve de cola á los pintores de arsenal.

La preparacion más importante que sufren las pieles es la de curtirlas. La piel en su estado natural se corrompe al momento, absorbe la humedad, y se usa en seguida. Por medio de una sustancia llamada curtiente, que contiene la corteza de algunos árboles, y más principalmente la del roble, se la hace impermeable y se impide su corrupcion. Despues de separar los cuernos y de lavar las pieles de buey, se meten éstas en unos hoyos con cal viva y agua; cuando

se renueva ésta, se echa todavía más cal; puede reemplazarse la cal por el ácido sulfúrico debilitado con agua. Las pieles se inflan y se reblandecen, siendo entónces fácil quitarlas el pelo. Despues se abren unos hoyos grandes y se siembra en el fondo una capa de casca de 16 centímetros de espesor (se llama casca los trozos de corteza que han servido ya); se esparcen encima 27 milímetros de casca nueva; despues se coloca una piel desdoblada, que se cubre con una capa de casca del mismo espesor; se extiende otra piel, y despues casca, continuando lo mismo hasta extenderlas todas; es preciso tener cuidado de estrujar con los piés cada capa. Cuando el hoyo está lleno, se cubre con una capa de curtido y se vierte lentamente agua, á fin de que disuelva la casca y la haga penetrar en las pieles. Al cabo de tres ó cuatro meses la casca se agota, es decir, que ya no contiene bastante curtiente; entónces se sacan las pieles, y se repite la misma operacion con casca nueva. Esta vez se deja que la casca haga su operacion un mes más; por último, se repite por la tercera y última vez esta inmersión durante cinco meses. El curtido de las pieles dura, pues, un año ó

diez y ocho meses. Se simplifica mucho esta operacion, dejando sucesivamente las pieles en aguas más ó ménos cargadas de curtiente, bastando entónces un mes; pero el cuero queda mucho ménos flexible. El primer procedimiento es preferible.

Cuando el curtido está terminado, se pasan los cueros entre dos cilindros de hierro para hacerlos

más flexibles; despues se frotran con una hoja de cobre pulimentado, y se les da lustre con una plancha cubierta de corcho. Cuando al cortar el cuero se nota una línea más blanca en medio de su espesor, es señal de que la casca no ha penetrado bien en él. Ese cuero es de mala calidad, y se reblandece con el agua.

T. LEBRUN.



El invierno.

LA CORRECCION PATERNA.

Quien bien te quiera
Te hará llorar.

Eusebio era un jóven de trece años y de grandes esperanzas; pero de una conducta que desdecía de su buena educacion. Su padre, que ocupaba un destino de consideracion, queria, como es natural, que su hijo le sucediese en él, ó dejarle colocado ventajosamente. Pretendia, por esta razon, darle una carrera brillante; pero el muchacho, como algunos de su edad, llevado de las distracciones que Madrid ofrece á cada paso, iba perdiendo de dia en dia la aficion al estudio, y no hacia en él los progresos que su padre deseaba. Dado á las diversiones y á la ociosidad, se acompañaba de otros jóvenes que excitaban en él sus prematuras disposiciones para el vicio, pasaba el tiempo en los cafés y en los espectáculos, volvía á su casa á escondidas y á deshora de la noche, disipando inútilmente cuanto dinero podia adquirir. Se hallaba estudiando matemáticas, y en vez de asistir á la cátedra asistía á un billar y allí pasaba el rato; de modo que al fin del curso no sabía

una palabra de cálculos y de ecuaciones; pero, en cambio, sabía jugar carambolas mejor que sus discípulos.

No dejaba de contribuir á la desarreglada conducta de Eusebio su madre, que, bajo pretexto de que no le habia quedado más que aquel hijo único, le daba cuantos gustos queria, mimándole y encubriendo sus faltas para que no lo supiese su esposo. Éste, que era hombre de carácter, tenía las mejores intenciones del mundo; pero sus muchos negocios y las atenciones de su empleo no le permitian cuidar de su hijo tanto como quisiera. Enterado de su conducta por los avisos que tuvo y por sus propias observaciones, resolvió someterle á un plan curativo, enteramente de su invencion, y que juzgaba capaz de atajar los daños que á toda la familia pudieran sobrevenir si dejaba á su hijo precipitarse de aquel modo. Tomó las medidas necesarias para la ejecucion de su plan, y lo llevó á efecto precisamente cuando el jóven ménos lo pensaba.

Era un lunes por la tarde, y Eusebio, que tenía cita con sus amigos para ir á los toros, salía muy formal á la hora del estudio como si fuera á asistir á él con puntualidad.

Al llegar á la misma puerta se le presenta su padre y con voz grave le dijo:

—Espere V., caballero, que vamos á salir juntos.

Este *espere usted*, siendo así que su padre siempre le llamaba de tú, fué de malísimo agüero para Eusebio, que, acordándose de su cita, dijo á su padre viéndole venir ya con el sombrero puesto:

—Lo peor es que si voy con usted faltaré al estudio.

—No será la primera vez, replicó su padre bajando la escalera.

Eusebio le siguió todo el camino, sin atreverse á chistar: tanto le imponía el aspecto serio de su padre. Caminaron, pues, en silencio, atravesaron la Plaza Mayor, y al llegar á la escalerilla, el buen papá se detuvo, lanzando abajo una mirada; pero de repente, y como si hubiese fijado su resolución, bajó ligero seguido de Eusebio, y á poco se hallaron en la calle de Cuchilleros. No habían andado mucho en esta calle, cuando se pararon ante una lóbrega y negra tienda, alumbrada, más bien que por la luz del día, por la claridad de una llama, que, despidiendo luminosas chispas, se elevaba en un rincón de aquella covacha. Un muchacho medio des-

calzo tiraba acompasadamente del fuelle, y por todas partes se veían herramientas de calderero y cuchillero.

—Buenas tardes, señor maestro, dijo el papá de Eusebio abriendo la trampilla.

Al oír estas palabras y á la entrada de los dos individuos cesó el estrepitoso ruido que hacían dos perillanes, que, armados cada uno con su martillo, sacudían á más y mejor sobre la pieza que estaban adobando.

—Buenas las tenga V., caballero, respondió con bronca voz un individuo bajo y regordete que se acercaba, empuñando un poderoso martillo en su arremangado brazo.

—Quédese V. con estos señores hasta que yo vuelva, le dijo á Eusebio su padre.

—¿Yo?

—Sí, señor, V. Hasta la vista señor maestro.

Y sin esperar contestación partió. Eusebio hizo ademán de seguir á su padre; pero uno de aquellos cíclopes extendió su mano para detenerle, y retrocedió horrorizado ántes de que le tiznase.

—Siéntate aquí rapaz, dijo el señor maestro ofreciendo á Eusebio un medio tronco de árbol.

—Muchas gracias, respondió

lanzando una mirada desdeñosa sobre el mísero asiento.

—Pues harás mal en estarte en pié, porque me presumo que tardará algo en venir. Lo mejor sería que mientras le esperas tomases un martillo y te divirtieses aquí un rato con nosotros, porque á mí no me gusta que esté la gente de viga derecha. Estas crueles palabras empezaron á dar á conocer á Eusebio la suerte á que le destinaba su padre, y ya asomaba á sus ojos una lágrima de despecho y de coraje, cuando le distrajo la salida de la tienda un de personaje en figura de mujer. Era la señora maestra, y traía en cada mano un pedazo de pan acompañado de un racimo de uvas. Presentó el primero al muchacho que tiraba del fuelle, y llegándose adonde estaba Eusebio le alargó el otro con ademan de benevolencia. Viendo que lo rehúsaba insistió en que lo tomase; pero el señor maestro exclamó:

—Vaya, pocas ceremonias, acompañando una seña para que se retirase.

Entónces fué cuando Eusebio acabó de conocer cuál era su posición, entendiendo al mismo tiempo que el señor maestro tenía instrucciones muy diferentes á su digna esposa.

El tufo y humareda del carbon, el ruido de las limas y de los martillos, y más que todo la agitacion que Eusebio sentia, le trastonaron de tal modo, que se retiró á lo más oculto de la tienda, y allí no retuvo más sus lágrimas de despecho. La idea de que su padre quisiese hacer de él un calderero se presentaba á su imaginacion acompañada de cuanto podia hacerla desagradable, y en medio de la lucha de afectos que le atormentaban, sólo se abandonaba al furor, sin acordarse cuánto habia abusado de la paciencia de su buen padre.

En fin, resuelto á escaparse en cuanto hallase coyuntura, pasó la noche en aquella maldita tienda, pero se engañó en sus esperanzas. Al dia siguiente notó que ejercian sobre él la más activa vigilancia; dos ó tres veces que intentó recobrar su libertad fué detenido, y la última le tiró el señor maestro de las orejas, con tan rara habilidad, que Eusebio, por no experimentarlo otra vez, abandonó la idea de su emancipacion. Tuvo, pues, que acomodarse á aquella nueva vida, asistiendo á la fragua, tirando del fuelle y desempeñando la tarea del aprendizaje, con su mandil de cuero y en mangas de camisa, tan tiznado y sucio, que

es bien seguro no le hubieran conocido sus antiguos amigotes si se hubieran acercado á la puerta de la tienda,

Así pasaron dos semanas, al cabo de las cuales eran casualmente los días de su madre. Esta señora, que habia derramado algunas lágrimas por la posición en que tenían á su hijo idolatrado, consiguió al fin, que le trajesen aquel día. En efecto, muy de mañana fué un criado á sacar á Eusebio de su taller, le llevó en seguida á una casa de baños, donde verificado un lavatorio general, se vistió la ropa nueva y pudo entrar en su casa completamente transformado.

Como aquel día era fiesta de familia, hubo á la mesa varios convidados. Uno de ellos dirigiéndose á nuestro disimulado aprendiz, le dijo:

—¿Adonde has estado todos estos días, amiguito, que no te hemos visto por aquí? ¿Acaso fuera de Madrid?...

—Sí, señor, respondió Eusebio tan turbado que no sabía lo que se decía; sólo mirando á su padre, (que aparentaba no oír la conversacion) estaba pendiente de sus labios, por si se revelaba el fatal secreto.

Una pregunta que hizo otro de

los comensales hizo variar la conversacion, y Eusebio empezó á respirar creyendo que no se ocuparían más de él, cuando otro solícito convidado que estaba trinchando, fingiendo lamentarse de su poco acierto.

—Maldito *cuchillo*, exclama, no parece sino que está embotado.

—¿Qué dice V. del *cuchillo*, le preguntó el padre de Eusebio saliendo entónces de su distraccion.

—Decía, respondió el otro, que me alegrára tener aquí en la mesa algun inteligente en la fabricacion de los *cuchillos*, para que me dijera lo que le pasa al que tengo en las manos, más de hierro que de acero, pues no se puede hacer cosa de provecho con él.

—Yo no entiendo una palabra de la compostura de *cuchillos*, replicó el padre; pero tal vez no falte alguno que haya completado su educacion en la calle de *Cuchilleros*.

Esta repeticion de palabras hizo más daño á Eusebio que si le hubieran dado de *cuchilladas*; mucho más cuando el tono que dió su padre á las últimas expresiones, hizo que todos cuantos estaban á la mesa fijasen en él su vista. Figúresele entónces que su padre se habia concertado con sus amigos

para mortificarle públicamente, y más encarnado que la grana pretextó una indisposicion para ausentarse de la mesa. Retirado á su cuarto se arrojó sobre el lecho, y con el sofoco que habia tenido durante la comida ésta no le hizo provecho, originándole una indisposicion, por la que alarmada la madre reconvinó á su esposo por querer llevar tan adelante la correccion; pero él sólo desistió de su idea cuando vió en su hijo señales de arrepentimiento. Efectivamente, Eusebio, que habia tenido tiempo de recapitular cuanto habia pasado por él, reflexionó sobre su conducta, conoció cuáles eran sus verdaderos intereses, y cuál el objeto de las correcciones de su padre, y al fin obtuvo de éste la promesa de que no volveria á tirar del fuelle, pero que sabria tomar providencia más enérgica si volvía á las andadas. No ha sido necesario que se realizase esta promesa. Eusebio mudó enteramente de conducta, y hoy dia puede servir de modelo á los otros jóvenes por su juicio, por su amor á su padre, y por su aplicacion al estudio.

F. F. VILLABRILLE.

LA SALUD Y LAS RIQUEZAS.

Martin era un pobre niño que ganaba con harto trabajo el pan, ya haciendo encargos, ya desempeñando otras comisiones, y á veces se veia precisado á pedir una limosna. Sentóse una noche muy fatigado á la puerta de un café de los más suntuosos de la corte, con ánimo de implorar la caridad de las muchas señoras y caballeros que concurrían á él. Apenas se habia puesto á comer un pedazo de pan moreno que le habian dado, cuando levantó los ojos para ver un elegante coche que acababa de parar á la puerta del café. Creyó que bajarían un señorito y un señor mayor que parecia su ayo ó preceptor, únicas personas que venían en el coche. Mas ellos, mandando les sirvieran refrescos, los bebieron allí mismo sin bajar.

Mientras Martin engullia su mendrugo, no apartaba sus ojos del niño que venía en el coche, comparando su opulencia con el misero estado en que él se encontraba. El ayo tambien fijó su vista por casualidad, y adivinó sus pensamientos.

—Mirad, dijo á su pupilo, aquel chico que nos contempla con la

boca abierta, imagino que está diciendo en su interior: ¡Cuánto me alegrára yo hallarme en el lugar de aquel niño!

—En efecto, respondió el joven, que, aunque enfermizo, tenía muy buen humor; pues bien, vamos á proponerle cambiar de estado por un instante.

El ayo llamó á Martin á la portezuela del coche y le dijo:

—Al ver la atencion con que mirabas á este caballero, me ha parecido que te alegrarias mucho de cambiar su suerte por la tuya. ¿Quieres que así sea?

—¡Ah! respondió Martin; V. se burla de mí.

—No, va de véras, respondió el señorito.

—Pues si V. consiente, replicó Martin, por mi parte la cosa ya está hecha. Mis vecinos se van á quedar atónitos al verme llegar en tan bonito coche. Que vengan ahora á enviarme á recados y traerme de ceca en meca..... Vaya, señorito, ¿baja V. ó no?

—Espera un poco, hombre, respondió el otro riéndose.

—Qué, ¿se rie V.? dijo Martin; no sea cosa que V. me engañe.

—No lo creas; te voy á regalar mi coche y mis caballos. Te voy á dar todo lo que no tienes; mas tú

tambien me has de dar lo que yo no tengo.

Martin aceptó estas condiciones, y entónces el señorito llamó á los lacayos para que le ayudasen á bajar del coche. ¡Ah, Dios mío, qué rara figura! Sus piernas torcidas no podian sostenerle; para que se tuviese fué preciso que ayudase á su maestro un lacayo, miéntras que el otro sacaba dos muletas de madera fina con almohadillas de terciopelo verde galonadas de oro. Luégo que con la ayuda de las muletas pudo guardar el equilibrio, le dijo á Martinito:

—¿Y ahora quieres cambiar de salud, de estado y de fortuna?

—¡Oh! no, señor, exclamó Martin, no quiero cambiar; prefiero mis piernas á vuestras muletas, y más quiero comer pan seco y correr cuando quiera, que no comer cosas delicadas y que me lleven en andas como á una imágen. No, señor, de ningun modo.

—Tienes razon, replicó el joven estropeado; mas como yo procuro aliviar mi desgracia mitigando la de los demas en cuanto me es posible, tampoco quiero que hayas consentido en mejorar de fortuna sin darte al mismo tiempo alguna cosa para que comas algo mejor que ese pan moreno.

Y al decir esto puso algunas monedas de plata en la mano de Martin.

— Muchas gracias, señor mío, muchísimas gracias ; pero yo voy á hacer otro uso de vuestro dinero. Con él voy á principiar á comerciar, y á fuerza de trabajo conseguiré aumentarle y establecer una tienda muy surtida, que no quepan en ella los géneros ; tomaré un gran almacén, y como mis negocios han de ir siempre á mejor, seré un comerciante riquísimo, y luego un banquero muy poderoso, y luego.....

— Y luego Ministro de Hacienda, interrumpió el señorito.

— Yo no sé qué es eso de Ministro de Hacienda ; mas no habrá inconveniente.

— Bien hecho, dijo el ayo ; cada uno en su carrera debe elevarse al más alto grado posible.

El señorito subió á su coche como pudo, y Martin, habiéndose despedido y creyéndose ya un hombre poderoso, se fué saltando y brincando, y felicitándose de tener tan buenas piernas.

Dedúcese de aquí, amiguitos míos, que un pobre que goza salud y puede correr, goza de una felicidad más verdadera que un rico enfermo y que no puede hacer uso de sus miembros. La salud es el primero de los bienes, y por tanto, debeis poner el mayor estudio en conservarla, pues ya habeis visto que *la salud vale más que las riquezas*.



Los harpistas asnojanos.





La madre y el niño.

Áyuntamiento de Madrid

GRISEL COCHRANE.

Cuando los vasallos del último Jacobo de Inglaterra tomaron las armas contra él, el más terrible de los que levantaron el estandarte de la rebelion fué Sir John Cochrane.

La fatalidad, que por muchos siglos persiguió á la casa de Campbell y envolvió en su ruina á cuantos tomaron su partido, no perdonó á Sir John Cochrane. Rodeado por las tropas reales hizo una resistencia larga, terrible y desesperada; pero al fin, vencido por el número fué hecho prisionero, juzgado y condenado á morir en un cadalso. Ya no le quedaban más que unos pocos dias de vida, y sólo se esperaba la orden escrita para conducirlo al lugar de las sentencias. Su familia y amigos habian venido á la prision á recibir su último adios; pero una persona de la familia no habia venido á recibir su bendicion. Esta persona era la esperanza de la casa, la alegría de su corazon, era Grisel, su hija querida.

Las sombras del crepúsculo se percibian ya por entre los hierros de la prision, y el infeliz preso con la cabeza reclinada en la fria pa-

red se abandonaba al dolor por no haber podido dar el último beso á su hija predilecta, cuando la puerta de hierro giró lentamente sobre sus mohosos goznes, y el carcelero entró seguido de una hermosa jóven.

Su estatura era erguida y su paso altivo; pero sus brillantes y negros ojos, aunque no vertian lágrimas, dejaban traslucir una pena demasiado profunda para permitir las. Las trenzas de sus negros cabellos se separaban sobre su frente blanca y lisa como el pulimentado mármol. El prisionero levantó la cabeza en el momento en que entró.

— ¡Mi hija! ¡Mi Grisel! exclamó al tiempo que ella, cayendo en sus brazos decia: ¡Mi padre! ¡Mi amado padre! enjugando una lágrima que habia acompañado á estas últimas palabras.

— La visita será corta, muy corta, dijo el carcelero al retirarse.

— Que el cielo te proteja y consuele, hija mia, añadió Sir John besándola y estrechándola contra su corazon. Había temido morir sin darte mi bendicion, y este dolor era más cruel que el de la muerte.... ¡pero has venido, amor mio, has venido á recibir la última bendicion de tu desgraciado padre....!

— No, no, teneos, interrumpió ella..... ¡No es vuestra última bendicion! Eso no puede ser ¡mi padre no morirá!

— ¡Cálmate, hija mia.....! ¡ojalá pudiera consolarte!.... ¡bien mio!... ¡mi vida!..... pero no hay esperanza: dentro de tres dias, tú y tus hermanitos quedaréis....

Huérfanos iba á decir, pero la palabra espiró en sus labios.

— ¡Tres dias! repitió ella levantando la cabeza precipitadamente y estrechando la mano de su padre. ¡Tres dias!.... Todavía queda esperanza, mi padre vivirá.

— ¿No es mi abuelo amigo del confesor del Rey? ¡Pedirá la vida de su hijo, y mi padre no morirá!

— No, no, Grisel mia, desecha esa ilusion, no hay esperanza.... Ya mi sentencia está firmada por el Rey y para llegar de un momento á otro el mensajero con la órden de mi suplicio.

— ¡Qué importa, mi padre no morirá! ¡No morirá! repitió la jóven y levantándose vuelta hácia él le dijo: ¡Que el cielo nos proteja: vamos á separarnos; pero dentro de poco nos volveremos á ver!

— ¿Qué quieres decir hija mia? preguntó Sir John mirando á su hija con inquietud.

— No me lo preguntéis, padre

mio, replicó ella..... no me lo preguntéis ahora: rogad por mí, y bendecidme no por la última vez.

La estrechó de nuevo en sus brazos llorando, á tiempo que entró el carcelero y tuvieron que separarse.

Al otro dia por la mañana un viajero atravesaba el puente levadizo de Berwick, y despues de haber corrido la calle de Margarita se sentó á descansar en un banco que habia á la puerta de una posada, sin atreverse á entrar dentro porque era superior á su condicion. Pocos años ántes habia servido de cuartel general á Olivier Cromwel, y últimamete de residencia á Jacobo VI, rey de Escocia. El viajero llevaba sujeto el cuerpo con un cinturon de cuero y por encima una capa corta tambien de paño comun. Era evidentemente un jóven, mas traia un sombrero tan alicaído que casi encubria sus facciones. En una mano llevaba un pequeño fardo, y en la otra un báculo de peregrino. Despues de haber pedido un vaso de vino y haber descansado un rato, se levantó para echar á andar cuando ya la noche se acercaba anunciando una tempestad. Extensas y negras nubes venian del lado del mar, el viento silbaba y levanta-

ba remolino, las ondas del Treed corrían agitadas, y empezaba á caer una lluvia fria.

—Que el cielo te proteja si caminas en semejante noche, dijo el centinela de la puerta de Inglaterra, al ver salir al jóven viajero. Este en pocos minutos ya estaba en las vastas y tristes llanuras del Tweedmouth, inmenso desierto en el que sólo hay esparcidos aquí y allá arbustos silvestres y maleza; subió lentamente la colina á pesar de la tempestad, cuyo furor se agravaba á cada instante. La lluvia caía á torrentes y el ruido del viento era horroroso; el viajero continuó su camino hasta que estuvo á tres millas de Berwyck, y allí como si le fuese imposible arrostrar por más tiempo la tempestad, buscó un abrigo bajo los arbustos que habia al lado del camino. Entre tanto la noche se hacía cada vez más sombría, el huracan más terrible y el viajero hacía una hora que estaba acurrucado bajo aquel débil refugio, cuando se oyó el ruido de un caballo que se acercaba al galope. El individuo que le montaba traía la cabeza inclinada contra el viento, cuando el viajero arrojándose á la brida del caballo, le detuvo y al tiempo que el jinete levantaba la cabeza le gri-

tó poniéndole una pistola en el pecho. — «Apéate ó mueres.»

El jinete transido de frio y helado del susto hizo un movimiento para tomar las armas; pero ántes fué precipitado á tierra por el viajero. Aturdido con la caída estuvo algunos minutos sin volver en sí, durante los cuales el ladron se apoderó de la balija de cuero que contenia los despachos para el porte de Inglaterra, y colocándola sobre su espalda desapareció bien pronto por el bosque. Al otro dia los habitantes de Berwyck acudieron al sitio en que habia sido ejecutado el robo, mas no pudieron descubrir indicio alguno del ladron.

Sir John Cochrane aún vivia; los despachos que contenian su sentencia de muerte habian sido robados, y ántes que se expidiese otra órden para la ejecucion podia revocarse la sentencia por el influjo que su padre tenía con el confesor del Rey. Grisel acompañaba á su padre en la prision, repitiéndole expresiones de consuelo. Ya habian pasado catorce dias del robo de los despachos, y la esperanza empezaba á alentar al prisionero, cuando se supo que todos los empeños habian sido inútiles, y el Rey habia firmado de nuevo la

sentencia de muerte, la que debia llegar al dia siguiente.

—Cúmplase la voluntad de Dios, exclamó el preso.

— Asi sea, respondió Grisel; pero mi padre no morirá.

El correo de gabinete que traia los despachos de la condenacion de Sir John Cochrane, al entrar en el desierto de Tweedmouth metió espuelas al caballo caminando á todo galope, mirando á todos lados del camino y llevando en la mano una pistola preparada.

La vaporosa claridad de la luna daba apariencias fantásticas á los matorrales del camino. Al revolver un ángulo de éste, el caballo hizo una corbета, asustado por el ruido de un pistoletazo, cuyo fogonazo brilló casi delante de sus ojos; el jinete disparó las pistolas al mismo tiempo, y el caballo, aún más asustado con tal violencia arrojó á su amo al suelo. Al instante el ladron le puso un pié sobre el pecho y acercándole un puñal al corazon le gritaba:—«Entrégame tus armas ó mueres.» Al instante obedeció el correo, y entonces continuó diciéndole: «Ahora levántate y vete, que yo me quedo con tu caballo y la balija.»

El hombre se levantó temblando y tomó el camino de Berwick mién-

tras que el ladron montaba á caballo desapareció con él bien prontamente.

Todo estaba dispuesto para la ejecucion de Sir John Cochrane, y los oficiales para conducirle al patíbulo no esperaban más que la llegada de los despachos, cuando se supo que habian sido robados de nuevo. Esto era para el prisionero una prolongacion de catorce dias de vida. Al ver á su hija cayó desmayado y sollozando la dijo:—«La mano de Dios aquí se revela.»—«¿No os lo habia dicho, replicó la jóven, que mi padre no moriría?»

No se habian cumplido aún los catorce dias, cuando el Conde de Dundunal hizo abrir las puertas de la prision, y precipitándose á abrazar á su hijo le anunció que sus instancias y valimiento con el confesor del Rey habian surtido efecto, y que S. M., al fin, apiadado, le habia concedido el perdon.

Ya el preso habia vuelto á sus hogares y estaba rodeado de su familia; pero Grisel, que tanto le habia acompañado en la prision, su hija Grisel aún estaba ausente.

Daban gracias á la misteriosa Providencia que por dos veces habia permitido se extraviasen los despachos, cuando un extranjero

pidió le dejasen verle. Sir John mandó que entrase, y al punto se presentó el jóven y atrevido viajero que ya hemos descrito, con su vestido de lana y capita corta.

Al entrar llevó la mano á su sombrero, saludando á lo militar sin descubrirse. Sacó unos papeles, y alargándoselas á Sir John, le dijo:—«Cuando hayais leído estos papeles, arrojadlos al fuego.» Sir John al verlos se estremeció y se puso pálido, porque eran los decretos de su muerte.—«¡Salvador mio! exclamó; cómo podré recompensaros cuando os debo la vida! ¡Padre mio, hijos míos, dadle gracias por mí!»

El anciano Conde y sus nietecillos abrazaron las rodillas del desconocido que, cubriéndose los ojos con la mano empezó á derramar lágrimas.

— ¡Vuestro nombre! decidnos vuestro nombre por el cielo, ¿quién sois?

El extranjero se quitó el sombrero y entónces las hermosas trenzas de pelo de la Grisel Cochrane se desprendieron airoosamente sobre su toseco vestido.— ¡Gran Dios! exclamó el dichoso padre..... ¡es mi hija! ¡es mi Grisel la que me salva! ¡Que grata me va á ser la vida de hoy en adelante!

No añadimos más por no debilitar esta escena interesante.

El cielo recompensó la entereza que Grisel habia mostrado, impulsada por el amor filial, y colmó de venturas á toda la familia.

LOS FRUTOS DE LA PEREZA.

Negocios particulares obligaron al preceptor de Eduardo y Florentina á dejarlos solos por algunos dias; más como queria que estuvieran ocupados durante su ausencia, designó la tarea que habian de tener hecha á su vuelta para que no pasasen el tiempo en la ociosidad. Los dos niños hicieron muchas promesas á su maestro, asegurándole que no quedaria descontento de ellos.

Así que estuvieron solos, Eduardo propuso á Florentina que fuesen á dar un paseo, diciendo: «Hoy es imposible estudiar: gocemos de nuestra libertad; mañana nos levantaremos muy temprano y recobrarémos el tiempo perdido.» En consecuencia salieron y no volvieron hasta la hora de comer; el resto del dia se estuvieron divirtiendo en el estanque de su padre, paseándose en la barquilla.

Se acostaron con la resolución de levantarse de madrugada, y para esto encargaron á un criado que les despertase; mas despues que éste les avisó á las cinco de la mañana se volvieron á dormir, y ya eran las nueve sin que hubiesen salido de la cama.

Mientras que estaban desayunándose en una sala baja, llegó á la venta un pobre ciego tocando el violin y pidiendo limosna.

«Hermana, dijo Eduardo, de buena gana bailaria si tu me quisieras acompañar.» Florentina consintió y se pusieron á bailar. Despues de este ejercicio, que duró algun tiempo, se fueron á descansar al jardin, bajo un verde cenador, y allí se estuvieron distraidos con unos pajaritos que Eduardo habia pillado en su nido y que se prometia criar; mas atendiendo á la inconstancia de su edad, cuando llegó la noche los pobres pajaritos estaban muertos de hambre. Despues de comer fueron á visitar á sus amiguitos de la vecindad, y así pasaron el segundo dia. «¡Oh! dijo Eduardo al tiempo de irse á acostar, estoy determinado á estudiar mañana, y así voy á poner mi libro debajo de la almohada para cogerle así que me despierte.»

Florentina hizo lo mismo, porque

decia que el señor maestro se enfadaria mucho al ver que le habian desobedecido. «Lo peor es que tengo tanto que hacer mañana, pues si no compongo mi vestido tendré que ir con él rasgado.—Pues yo, dijo Eduardo, tengo que ir á comprar una pelota para jugar con mi amigo Pepe.—Pues bien, si no podemos estudiar mañana, lo haremos al otro dia, y una vez que nos pongamos á ello pronto estará concluido.»

Al otro dia y áun al siguiente hallaron nuevos pretextos para no estudiar, porque la mala voluntad siempre halla excusas á su favor, y lo va dilatando todo hasta que ya no es tiempo de obrar.

Hacia una semana que su profesor estaba ausente, cuando una tarde que estaban los niños jugando delante de la puerta de su casa le vieron venir á lo léjos. Al momento se acordaron de su tarea, y en vez de salirle al encuentro corrieron á buscar sus libros; en vano visitaron todas las piezas de la casa y el cenador del jardin preguntando á los criados si los habian visto. Despues de haber andado toda la casa, fueron á ocultarse á un rincon de la cocina para que su maestro no les encontrase, y allí se acordaron de que no ha-

bían registrado el gabinete de su padre. Van allí, poseídos de inquietud, y todo lo revuelven, libros, estampas, carteras, mapas, hasta no dejar cosa con cosa. Después de este trastorno general, dijo Eduardo: «Hermana, me ocurre una idea: cojamos nuestros sombreros y salgamos sin que nadie nos vea, como si fuésemos á dar un paseo. Vendremos muy tarde, cuando el maestro no nos pueda tomar la lección ántes que se levante.—¿Cómo, sino tenemos libros? exclamó Florentina.—No tengas miedo, que ya los encontraremos», respondió su hermano.

Salieron con precipitación, sin que nadie les viese, y se alejaron bastante de la casa, hasta que entrada la noche determinaron volverse á ella. El miedo les hizo equivocar el camino, y cuando notaron su error ya habían pasado buen trecho de su habitación. Era hacia el fin del otoño y la noche estaba muy oscura. «¡Ah, Dios mío! ¿Dónde estamos? exclamó Florentina llorando. ¿Qué hemos de hacer? ¿Qué va á ser de nosotros?—Yo no lo sé, contestó Eduardo; mas volvamos atrás.» Se agarraron de la mano y caminaron un poco; bien pronto tropezaron y cayeron en unos cardos; se levantaron so-

llozando llenos de arañazos, y empezaron á sentir el mal éxito de sus aventuras.

«¡Oh! dijo Eduardo, si hubiéramos aprendido nuestras lecciones, á la hora ésta nos halláramos muy contentos allado de papá y mamá.» El aire frío de la noche los incomodaba mucho, así como el hambre que empezaban á sentir. En esto vieron brillar una luz á corta distancia, y cobrando ánimo se dirigieron hacia ella, creyendo ser alguna casa, más se engañaron completamente. Después de tropezar mucho en la maleza encontraron que era un fuego fátuo de la laguna próxima. Fatigados, medio muertos de hambre y temblando de frío tuvieron que sentarse bajo un árbol, y allí, entre lágrimas y suspiros, les cogió el sueño quedándose dormidos abrazaditos uno á otro.

Durante este tiempo sus padres, admirados al ver que sus hijos no volvían, enviaron criados á buscarles por todas partes; el maestro salió también, más todos volvieron sin haber descubierto nada, y pasaron toda la noche de pie derecho, esperando ver entrar á los niños en cuanto se oía algún ruido. El padre, no pudiendo disimular su inquietud, salió también

á hacer sus pesquisas, mas fueron tan infructuosas como las de los demas.

Eduardo y Florentina despertaron al romper el dia, y reconociendo el campo en que se hallaban, ¡cuál fué su admiracion al ver que se encontraban á tres cuartos de legua de su casa! Acordándose de los sucesos de la víspera, al instante se pusieron en camino, y á las siete de la mañana llegaron á la casa de su padre. Al momento que los divisaron todos salieron á su encuentro, abrazándolos con extrema alegría; más apenas entraron en su casa, cuando su papá les preguntó por qué habian estado toda la noche fuera. Se quedaron indecisos y más encarnados que la grana, pero bien pronto, arrojándose á los piés de su padre, le confesaron todas sus faltas. Aquél les mandó que se levantasen, y no les habló palabra mientras duró el desayuno; mas acabado éste, cogió á cada uno de la mano y los llevó á su gabinete, donde vieron todo el desórden que habian hecho, sin que les hiciera ninguna reconvencion; lo que causó más sentimiento á los niños es que no les hubiera regañado mucho. Son más sensibles las reconvenciones que uno se hace á sí propio que las que re-

cibe de los demas, y les parece á los niños que con la repension se expía la falta que han cometido.

Vueltos á la sala, su padre les habló así: «Aunque yo esté muy disgustado por la pereza que os ha ocasionado tantos tormentos, no os castigaré, porque veo que estais arrepentidos; más no puedo dejar pasar esta ocasion sin daros un consejo que os haga evitar en lo sucesivo las faltas en que habeis caído. Decís que vuestra intencion no era de omitir la tarea sino de dejarla para otro dia, y esto es decir que no estábais resueltos á cumplir con vuestros deberes. Conociendo que desobedeciais á vuestro maestro, no habeis querido cumplirlos, procurando hallar placer en dejar para mañana lo que habeis de hacer hoy: mas confesad ingenuamente que si habeis tenido algun placer ha sido mezclado con tal inquietud, que casi os priva de él enteramente.—Verdad es papá», respondieron los niños. El padre continuó: «Dejando vuestra obligacion de un dia para otro, habeis encontrado un aumento de dificultades, y cada vez mayor irresolucion y más pereza. Para evitar ser descubiertos, habeis recurrido á un medio muy malo, y los inconvenientes que os

han resultado son demasiado recientes para que yo los remueva, y espero que no me pondréis en el caso de recordároslo. — Nosotros lo prometemos, papá, dijeron los niños. — Cuento con esta promesa, mas, sin embargo, voy á pintar las consecuencias de vuestra pereza, consecuencias que vosotros no conocéis. Perdiendo el tiempo y empleándolo de ese modo, habeis ofendido á Dios con vuestra conducta y habeis causado angustias mortales á vuestra madre y á mí.

Ignorando lo que os habia sucedido, mas siempre creyendo lo peor como sucede á los buenos padres, hemos pasado toda la noche entre los horrores de una consternacion é inquietud mortal. Vosotros quereis reparar vuestras faltas, ¿no es así? — Sí, papá, respondieron los niños. — Pues bien: la única expiacion que el Cielo puede aceptar y que me será tan grata como á vuestra madre, es que no volvais á portaros de este modo. Estad seguros de que sino tomáis una sincera y firme resolucion, ejecutándolo desde la pre-

sente, de perder la indolencia habitual á que os habeis acostumbrado, nadie puede calcular la funesta posicion en que os veréis colocados, porque la pereza y la irresolucion son el origen de la mayor parte de las desgracias de la vida. La primera expone á los que se entregan á ella á una pobreza espantosa si no tienen caudales, y á perderlos si los tienen por su nacimiento: la segunda indica un alma débil, y la debilidad conduce á cometer faltas de los que provienen pesares y amargos remordimientos. Para probarme que desde ahora quereis ser mejores, id á pedir perdon á vuestra mamá de los tormentos que la habeis causado, y á vuestro preceptor por vuestra negligencia. No olvideis nunca que es un representante nuestro, y así le debeis el mismo respeto y obediencia.»

Eduardo y Florentina hicieron lo que su padre acababa de mandarles, y vista su fidelidad en cumplir sus promesas, no tuvo queja de ellos en lo sucesivo.

EL NIÑO A SU MAESTRO.

ODA (1).

¿Qué fuera de la nave
Que se lanzase sin piloto osada
Dél ronco mar entre las turbias olas?
¡Ay, que en su rumbo incierto
Nunca llegára al suspirado puerto!
¿Qué fuera de la rosa,
Que dulce aroma en la floresta exhala,
Si no sintiese al despuntar el día
En su cáliz ardiente
Las perlas del rocío trasparente?
¿Qué fuera sin sus alas,
Expuesta al cazador que la persigue,
De la blanca paloma en el espacio?
¡Ay, que presto sin vida
Cayera al suelo por el plomo herida!
Yo soy batel ligero,
Que, falto de timon y blancas velas,
El rumbo sigo que tu mano traza,
Pues llevas mi existencia
Á la segura playa de la ciencia.
Yo soy rosa temprana,
Que al verjel de la vida ayer naciera;
Mas ya tal vez mi pompa y donosura
Sin tí fuera perdida,
Que regar una flor es darle vida.
Yo soy triste paloma
Sin alas para el mundo en que vivimos;
Mas tú iluminas nuestra débil mente,
Y con piadoso anhelo
Alas nos das para volar al cielo.
¡Oh, Maestro querido,
Con tierno afán nuestro inseguro paso
Conduces por el bien, gracias recibe;
Gracias, que el alma siente,
Que la boca de un niño nunca miente.

(Puerto Rico, Mayo, 1870.)

E. SANCHEZ DE FUENTES.

(1) Esta poesía forma parte de un libro inédito, escrito expresamente por el autor para las Antillas españolas, con el título de *El niño cristiano*.



El retrato del maestro.

EL HUERFANITO.

Era una noche del mes de Enero, la nieve cubria la tierra; el viento Norte soplaba con violencia,

produciendo un ruido continuado pasando al traves de los sauces que sombreaban los túmulos del cementerio. Jorge el sepulturero terminaba su ronda de noche acompañado de su fiel perro Dragon; la

luna en aquel momento reflejaba su pálida luz en aquella parte del terreno donde estaba el hoyo común. El sepulturero creyó distinguir una sombra que se movía, y al punto hizo á Dragon la señal acostumbrada; el animal, ladrando con fuerza, corrió á la descubierta, siguióle su amo, y á poco le encontró acariciando á un bonito niño, que, inclinado hacía la tierra, parecía que la escarbaba con sus manitas. Es Pablo, que habia quedado huérfano hacía dos días, y el niño á quien Dragon prefiere, entre todos los del lugar.

— ¿Qué haces aquí, amigo mío, le preguntó Jorge.

Pablo levantó la cabeza, y enjugando las lágrimas que corrían por sus mejillas, respondió:

— ¡Busco á mi madre!

Jorge conmovido estrechó al niño en sus brazos y le llevó lejos de aquel lugar de dolor. Durante algunos días cuidaban mucho de él, y viendo que ya no lloraba creyeron que el tiempo habia mitigado su pena.

Al cabo de un mes, y una noche aún más oscura y fría que aquella en que el huerfanito habia sido hallado en el cementerio, el sepulturero oyó fuertes y lamentables aullidos de su perro, acudió lige-

ro, y al resplandor de su linterna vió á Dragon sentado junto á un niño que, casi desnudo y arrodillado junto al hoyo común, tenía la frente apoyada en un santuoso monumento. Jorge se acercó para reprender á Pablo por haberse levantado así de noche, pero al tocarle vió que su cuerpo estaba helado.

El huerfanito habia encontrado á su madre, y al otro día descansó á su lado.

PENSAMIENTOS.

La piedad filial ha enriquecido á muchos pobres y nunca ha arruinado á ningun rico; ha inspirado á muchos talentos y nunca ha cortado el vuelo del ingenio; ha conquistado muchos corazones á la virtud; ha hecho muchos afortunados, sin causar el menor infortunio.

Amar y honrar á los padres durante su vida, sentir y llorar su muerte es cumplir las leyes fundamentales de la sociedad humana y de la naturaleza.

Devolver bien por mal es un cálculo en el que siempre se gana,

porque se olvida el mal recibido para recordar el bien que se hace.

El esperar una desgracia es más penoso que ella misma, porque todavía no podemos consolarnos.

El precio da valor al diamante, la dificultad á la virtud y lo amargo á la medicina.

Conviene á los que tienen fortaleza de ánimo que las desgracias formen su educacion: bien es cierto que es educacion violenta y penosa; pero si destruye á los de temperamento débil, también fortifica á los de temperamento robusto.

EXPLICACION

DEL FIGURIN ILUMINADO

que acompaña á este número.

1. Niña de diez á once años. Vestido de cachemir verde bronce; la falda por detras va adornada con un volante ancho y sobre éste seis cintitas de terciopelo de lana más oscuro; el paño de delante lo cubren tres volantes con tres cintitas sobre cada uno, y un lazo de terciopelo en los extremos. Chaleco de terciopelo de lo mismo: el sombre-

ro con rizados de tul y plumas blancas.

2. Niña de tres años. Vestido de terciopelo azul y bieses de terciopelo negro formando delantal y rodeando el escote camiseta de cachemir blanca, botitas de terciopelo como el vestido.

3. Niña de siete á ocho años. Falda de faya color de malva, adornada con un volante: éste ribeteado con un bies de terciopelo color lila, otro por arriba formando cabecilla.

Segunda falda de terciopelo lila; casaquilla igual á la falda, adornada con botones de terciopelo; de esto mismo el cuello y las carteras de las mangas; sombrero de castor gris adornado de terciopelo negro y una pluma blanca.

4. Niña de cuatro años. Vestido de terciopelo inglés color puro; falda montada á pliegues, cuerpo alto, manga entre ancha, sombrero redondo de terciopelo negro adornado de rosas.

5. Niña de trece á catorce años. Falda de terciopelo negro, túnica de cachemir azul claro adornada de pluma azul oscuro, sombrero de terciopelo negro adornado con un grupo de rosas y cinta ancha de faya azul.

ÍNDICE.

NÚM. 1.—Introduccion.—Las felicitaciones.—El signo de la Cruz.—El Carnaval.—Las visitas.—La aurora y el ocaso.—La patria ideal.—Modas.—Ver y creer.—El avaro.—Las castañas.—El pajaro.—Nada hay pequeño en el mundo.—Las peras.—Los dos viajeros.—Máximas.—Cuentos de Schmid.—Jeroglífico.—Advertencias.

NÚM. 2.—No es oro todo lo que reluce.—Marzo.—Costumbres chinas: Fiesta de la agricultura.—Los dos hermanos.—La imagen de la vida.—Herencia de honor.—Los relojes.—La zarza ardiendo.—La corte de la muerte.—El gato.—El último pensamiento.—Cuentos de Schmid.

NÚM. 3.—Las obras de Misericordia.—Los regalos del abuelo.—Consejos á las niñas.—El manantial de agua clara.—Un hundi-

miento.—Primera comunión.—La avaricia.—Los cochecitos.—Modas.—Cuentos de Schmid.—Explicacion del figurin iluminado.—Anuncios.

NÚM. 4.—Mayo.—La Virgen de Mayo.—Letrilla á la Virgen.—El alfiler y la aguja.—De dónde viene la lluvia y por qué llueve.—Redondez de la tierra.—La limosna.—El sistema planetario.—Las cuatro estaciones.—La cebolla del jalcino.—Anécdota.—Los gorriones.—La vacuna.—La caja de ahorros.—El molino.

NÚM. 5.—La ambicion, cuento de viejas.—El azúcar.—Las mareas.—La media noche.—Flor del alma.—Historia de la patata.—Modas.—Anécdotas.—Cuentos de Schmid.

NÚM. 6.—Las obras de Miseri-

cordia.—La mano izquierda y la derecha.—El niño y la estrella.—Eugenia.—La rosa, el jazmin y la encina.—El ahogado.—El gusano de seda.—El niño gloton.—El sueño de la niña.—Cuentos de Schmid.—La sombra.

Núm. 7.—Historia de un perro.—La oracion.—La pobre vergonzante.—Miguel y Estéban.—El león agradecido.—Buen corazón.—Los locos de Zaragoza.—Las caricaturas en las tapias.—El origen de Arlequin.—La piedad filial.—Advertencia importante.—Anuncio.

Núm. 8.—De la educacion.—Las naranjas dulces y las agrias.—Destierro é industria.—La perdiz.—El corderillo.—La estatua rota.—El lobo.—Los gatos.—Mujeres y serpientes.—El caballo y el asno.—La golondrina.—Un crimen castiga otro crimen.—Cuentos de Schmid.—Máximas.—Advertencias.—Anuncio.

Núm. 9.—La compañera.—El pobre.—Las abejas.—Juanita y Mimi.—El tufo del carbon.—Los charlatanes.—Máximas.—Anuncio.

Núm. 10.—Mauricio.—El invierno.—Las travesuras de Berta.—El cerdo.—La talma rota.—Moral evangélica.—Amor de madre.—Los perros célebres.—Conocimientos de adorno.—Explicacion del figurin.—Anuncios.

Núm. 11.—La muñeca y el libro de memorias.—La curiosidad castigada.—Celina la burlona.—Aventuras de un distraído.—Educacion del corazón.—La zorra.—El maniquí.—Máximas.—Advertencia.

Núm. 12.—Los perros célebres.—La piel de los animales.—La correccion paterna.—La salud y las riquezas.—Grisel Cochrane.—Los frutos de la pereza.—El niño á su maestro.—El huerfanito.—Pensamientos.—Índice.